

# Tan solo una Quiltra

por Alejandro Ayala Polanco



Ilustraciones de Loreto Matthews

# Tan solo una Quiltra

por Alejandro Ayala Polanco

(c) 2012, Alejandro Ayala Polanco

Registro de Propiedad Intelectual: N° 214195

La primera edición impresa fue publicada en Santiago de Chile, en marzo de 2012.

El cuento fue escrito por Alejandro Ayala Polanco durante los años 2006 y 2007. Esta edición incluye las ilustraciones de Loreto Matthews y la diagramación realizada por el autor.

Se autoriza el uso del contenido de este libro, siempre que se cumplan las tres siguientes condiciones: (1) que sea sin fines de lucro, (2) que se cite claramente la fuente, y (3) que el producto derivado de su uso se comparta en las mismas condiciones.

(Licencia de Uso Creative Commons Atribución - No Comercial - Compartir Igual versión 4.0)



# Tan solo una Quiltra

por Alejandro Ayala Polanco



# Una vez más

estoy aquí, a la espera del transporte público, en la obligación de ganarme un espacio en aquel mundo que me es tan lejano, en la urgencia de enfrentarme al flujo emocional de otros seres. Mi mano deja pasar varios bólidos sin atreverse a hacer siquiera un movimiento. Los minutos avanzan y yo sigo en la parada, vistiéndome de ráfagas heladas al paso de innumerables buses, cada uno de los cuales me urgía abordar.

El sólo pensarlo transporta mi cuerpo al refugio perfumado de unas sábanas, al alivio para esta cabeza hecha plomo de cansancio, al reposo para estos brazos exhaustos por el peso que cargan, a la benéfica revista por cada uno de los eslabones que dan forma a mi columna. Pero por más que cierre los ojos, por más que me convenza de que el viaje ha terminado, sigo aún muy lejos, al borde de la calle, cuando ya la tarde da la bienvenida al diálogo multicolor de los tubos de gas.

¡Cuánto quisiera huir lejos de todo este frío, lejos de toda esta premura, a salvo de estos seres irritados que regresan a su hogar! ¡Cuánto quisiera desvanecerme, o al menos hallar refugio en esa honda trinchera que siempre me esconde, en la soledad del tumulto en que cada tarde me dejo llevar a casa, al que sólo con dar unos pasos podría acceder! Le observo entre sus colegas de neón: un alto poste, el anuncio del tren subterráneo, pero nada hay que pueda yo hacer contra las políticas de servicio que le han negado el acceso a quien me acompaña.

# Observo

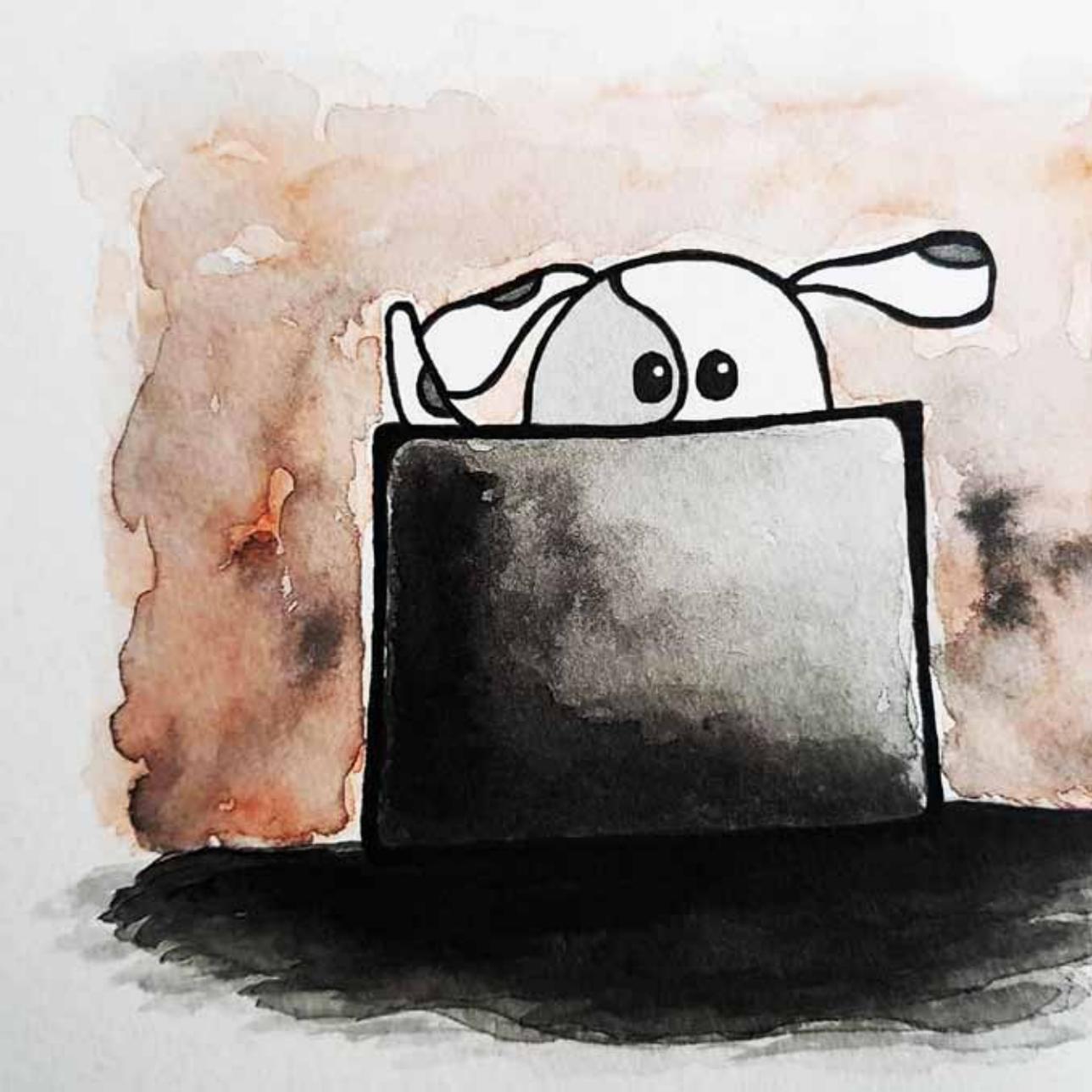
los redondos ojitos de Pandita, mi perra, como dos uvas que se asoman entre una maraña de pelos, en la improvisada madriguera de mi chaleco. “Sólo nos queda el microbús”, le susurro, “no hay otra opción.”

El peso de su cuerpo, anidado en el refugio de mis brazos, se hace notar. Ella, la que nunca aceptó desplazarse mediante otro medio que no fueran sus propias patas, me observa ahora en un gesto de completa entrega y permite que la guíe de regreso a nuestro hogar.

Una pareja de oficinistas se nos acercan. La mujer me dice algo respecto de Pandita, me insinúa que es demasiado grande como para cargarla, me pregunta por qué no le compro un collar y la llevo junto a mí. Pero yo ni siquiera le miro mientras me hace esas preguntas, tampoco cuando al retirarse se ríe con la cantinela de que tal vez yo creo que mi perra es una bebé. No le digo nada. Ellos acaban de llegar, no tienen idea de lo que ha sucedido.

Acaricio el pelaje plateado de mi Pandita. “Ya llegaremos” quiero transmitirle con el secreto lenguaje de nuestras miradas. Ella sólo traga saliva y gime bajito.







mi vida,  
Recuerdo el momento en que llegaste a  
fuiste como un ángel que me rescataba de mi soledad.  
Habíamos ido con mi mamá de compras al persa y en uno  
de los pasillos te escuchamos ladrar. Seguimos tu llamado  
hasta encontrarte en aquella caja de cartón en la que  
fuiste abandonada junto a tus hermanitos. Sólo tú estabas  
despierta y te asomabas con cara inteligente por el borde.  
Tu cola se batía sin cesar y tu lengua, rojísima como un  
copihue, nos daba la bienvenida cuando nos agazapamos  
para tomarte. Con sólo ese primer cruce de nuestros ojos  
supe que me esperabas. Ni siquiera mi madre, que por  
entonces ninguna simpatía demostraba por los perros,  
pudo resistirse a tu carisma.

Desde ese momento fuiste mi compañera, mi hermana y  
mi mejor amiga. Nunca me dejaste sola, ni siquiera cuando  
iba al colegio te alejabas demasiado. No había correas o  
muros que te contuvieran, no importaban las distancias  
ni cuantas calles hubiera que atravesar, siempre llegabas  
a mi encuentro. Aunque muchas veces dijimos, “esta vez  
sí”, “ahora sí que conseguimos que se quedara en casa”,  
siempre te las arreglabas para aparecer a mi espalda y en  
el momento menos esperado.

¿Quién te enseñó a cruzar las calles? Nunca lo sabré. Pareciera que hay perros que nacen con un instinto específico para responder a las luces del semáforo, porque tú, Pandita, sabías transitar por la calle con mayor corrección que muchos peatones humanos... pero, ahora que lo pienso, preferiría que no hubiera sido así, preferiría que los humanos supiéramos mejor que ustedes la manera correcta de transitar por las calles y de convivir.

Vuelvo al frío del paradero y al peso sobre mis brazos. Ha llegado el momento de enfrentar mi temor. Arrojo rápidamente a mi Pandita sosteniéndola con uno sólo de mis brazos, de manera que el otro quede libre para llamar la atención del microbús. Mantengo sólo un segundo mi mano elevada regresándola cuanto antes a la custodia de mi protegida.

Un instante de duda. Tal vez el gesto no ha sido lo bastante notorio como para ser captado por el chofer, que mantiene su alta velocidad. Cuando me aprestaba a elevar una vez más mi brazo, todo se aclara. Gracias a una espectacular frenada, que puso en tensión a todos los mecanismos del vehículo, las puertas del microbús se abren justo frente a mí.

Mi primer intento de acceder a la escalera no fue de lo mejor. Tres figuras azul marino ingresaron a zancadas sin pagar pasaje, dejándome con el pie en el aire y hambriento de subida. El enojo me dura poco. Recuerdo mis tiempos de colegiala y todo el apuro que tenía por regresar a mi hogar.



# Recuerdo también

que muchas veces actué de igual manera, apresurándome a abordar el microbús. Antes lo tenía más presente, al ser escolar tienes pocas esperanzas de ser recogido de buena manera por un microbús y, si te demoras, o si te quedas demasiado apegado a las gentilezas, simplemente te quedas abajo.

Ahora sí, pongo el primer pie sobre la escalinata. El ascenso es una lucha sin cuartel contra mis limitaciones. Mi voluntad arrastra mis fuerzas a límites desconocidos para evitar el sufrimiento de mi Pandita. No me puedo dar el lujo de brusquedades, el estado de mi amiga lo hace intolerable.

Doy unos pasos más hacia el chofer que me observa con impaciencia. La puerta se cierra al instante, y una nueva dificultad se suma a mi labor cuando el microbús reanuda su carrera.

Pierdo el equilibrio y apenas alcanzo a evitar la caída. Logro rehacerme con mi espalda apoyada en uno de los tubos verticales que dan estructura a la escalera. Ha sido un fuerte golpe contra el hierro pero me niego a entregar mi preocupación a la seguridad de otro ser que no sea al que llevo oculto en mi chaleco.

Ya me sostengo por mis propias fuerzas otra vez. Avanzo con dificultad hacia el conductor intentando compensar el impulso de la alta velocidad a que nos arrastra. De pronto, se deja oír un ruido grave, semejante al

estornudo de un perro. Es la antesala a una brusca reducción de velocidad ante el cambio mal ejecutado. Me voy de golpe hacia el conductor. Apenas alcanzo a interponer una de mis manos entre un nuevo tubo estructural y mi amada Pandita, evitando aplastarla.

Un hombre cincuentón que hace malabares para maniobrar en el reducido espacio entre su barriga y el manubrio, me observa expectante. Luego de unos segundos sobre mi rostro, baja su atención a mi chaleco anudado.

“¿Está pesado su bebé?”, me pregunta.

Nada respondo, buscando la manera de cumplir con dos objetivos a la vez: no dejar caer a Pandita, y entregar el dinero del pasaje.

El sujeto agudiza más su vista dando con **el rostro** de mi supuesto bebé.

Alertada de su descubrimiento abandoné la búsqueda del dinero. Había tardado demasiado en el proceso. Si sólo hubiera sido un poco más fuerte, si sólo hubiera sido un poquito más como tú, mi amiga, ya me las habría arreglado para hacerme de un asiento. Nadie lo hubiera notado.

De seguro que nos harían bajar. Conociendo a esta gente, luego de comprobar su manera de maniobrar, qué más podía esperar.

“Ah, ¿qué tiene la perrita?”, me pregunta.

De manera audible no hubo explicación de mi parte. Aunque en mi interior la respuesta fue terrible y absoluta: a la Pandita la

atropellaron.

Bastó sólo ese contacto con mi rostro, que apenas ahora demostraba el síntoma de la experiencia que acaba de sufrir, para que el chofer no esperara más por una respuesta. No había oído palabra que saliera de mis labios pero comprendía mi dolor.

“Pase no más”, le escuché decir y avancé a través del pasillo.

“A la Pandita la atropellaron”, repetí sin aliento.

El semáforo en rojo me permitió avanzar unos pasos sin problemas. Incluso un sujeto de camisa a rayas intentó cederme el asiento. Lamentablemente descubrió demasiado aprisa que aquello cargado con tanto recelo no era el fruto de mi vientre sino que el sustento de mi corazón, nada más que un animal, regresando al instante a su puesto. “Creí que era un bebé”, me dijo, cruzando sus brazos.





“Es un perro”, le dijo a su acompañante, entre otras cosas que no quise oír, reanudando mi recorrido.

¿Sabrán estas personas, me pregunté, que un perro necesita tanto amor y cuidados como un ser humano? ¿Sabrán que los seres humanos somos animales también y que, por tanto, tenemos una infinidad de cosas en común? Pensé en todos aquellos casos de maltrato animal que aparecen en las noticias, no pudiendo concluir otra cosa más que todo tiene su origen en ese desprecio que tenemos contra todo lo que sea distinto a nosotros, contra todo aquello que nos exige empatía y extender nuestra mirada más allá de nuestra nariz.

La tregua del semáforo en rojo duró poco. Llegué de golpe, atrapada en un trote involuntario, al asiento ubicado justo ante la puerta de salida. Me alegré, sin embargo, ya que así sería más fácil bajar.

Repasé su cara de abuelita no humana dormida, sus ojitos de uva, sus pelos plateados repartiéndose sin orden sobre su cara, su hociquito abierto buscando capturar un aire cada vez más esquivo, su calor sobre mis piernas, sus débiles latidos, su cola batiéndose sin ritmo.

Regresamos al hogar, me dije, obsequiándome por vez primera un instante para respirar profundo. Regresamos.

Busqué descanso en el paisaje que se renovaba con apuro tras la ventana. Difícil era capturar los detalles de ese día. Los rostros, los vehículos, los letreros cruzaban y se fundían al paso del bus. Más sencillo me resultaba dirigir la mirada hacia el universo interior de los

recuerdos

y así lo hice.

Casi diez años habían pasado desde nuestro último viaje en bus, el cual hicimos cuando ambas éramos sólo unas niñas. Tan pequeñas éramos que de no ser por la ayuda del Javi, nuestro vecino, hubiéramos sido incapaces de distinguir cuál microbus tomar. Hay que tener claro, sin embargo, que no fue el altruismo lo que motivó al Javi a ser nuestro guía. De hecho, hubiera sido por completo miserable de su parte el no seguirme cuando salí en tu búsqueda, ya que precisamente él había sido el instrumento para separarnos y, por tanto, el único que conocía el sitio exacto donde te habían ido a botar.

Aún recuerdo su mueca de culpa al verme llorar frente mi mamá. A tal grado de desesperación llegó que, a pesar de su compromiso, resultó incapaz de seguir guardando el secreto. Es probable que el muy tonto nunca haya estado de acuerdo con la idea de ir a botarte por ser perra y que sólo esperara la excusa para abrir los labios y traerte de vuelta.

# Mi madre,

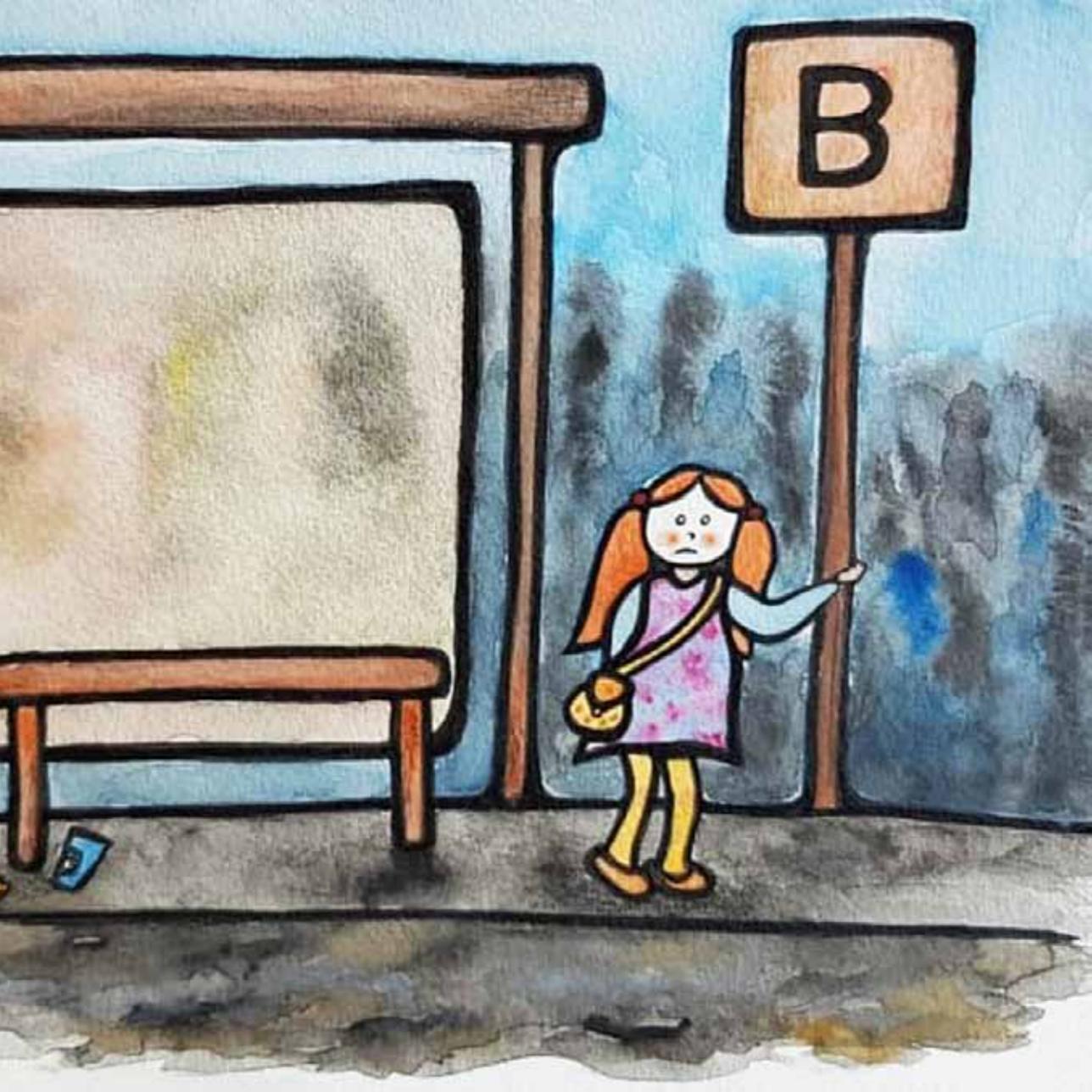
viendo que iba a ser imposible que olvidara a mi hermanita animal, confesó por fin ser la autora intelectual de tu desaparición, dejando con eso ningún espacio para la duda.

Recuerdo que no malgasté ningún segundo en discusiones ni reproches. En cuanto escuché a mi madre corroborando lo dicho por el Javi, partí en tu búsqueda. Había que tomar un microbus, algo inconcebible para una niña de la edad que yo tenía. Aún así, escapé decidida al paradero.

Al comienzo los microbuses no me tomaron en cuenta, apenas un vehículo particular se detuvo en respuesta a mi necesidad. Al volante iba un hombre de espesa barba que se ofreció a llevarme donde quisiera.

Si bien en esa época nada sabía yo de los peligros del mundo, algo en mi interior me señaló que era sólo a través de un microbús que debía recorrer el trecho. Una voz conocida respondió por mí al ofrecimiento, simultáneamente una mano sujetó mi brazo con fuerza, era el Javi.









Desde entonces, todo se hizo más sencillo. Pronto llegamos al sitio exacto donde, hacía ya una semana, te habían botado. A los pies de un árbol, en la misma cuadra en que te habían dejado, ahí estabas aún, esperando. A pesar de tu delgadez, a pesar de tus débiles gestos ahogados en el hambre, no tuve ningún problema en reconocerte. Sólo tardé lo que la luz del semáforo demora en cambiar para estar junto a ti. Recuerdo tu cálida lengüita capturando las lágrimas que caían por mi mejilla. Hasta el Javi lloraba, podría jurar que lo vi llorar, aunque claro, nunca logré que lo admitiera.

# Contigo

en mis brazos regresamos a casa, en un microbús tan veloz y sonoro como este. Al aparecernos por el barrio nuestro andar se volvió casi un desfile; ya fuera un niño vecino, ya fuera el señor del almacén, ya fuera el carabinero de la esquina, todos se acercaban a mirarte con una sonrisa. Es que tu ausencia, mi querida Pandita, no pasó desapercibida para nadie. Sin saberlo, por tu simpatía y gran corazón, te volviste un personaje ilustre de la comunidad, el compañero incondicional de los borrachos que no alcanzaban a llegar a su cama, el decimosegundo jugador en el equipo del barrio, el colaborador y a veces el reemplazo del policía de la esquina, un nombre repetido por todos, la excusa para dejar un segundo los deberes de lado y entregar afecto.

Hoy realizamos el mismo viaje de entonces, Pandita, ya más adultas, sin la compañía de alguien mayor. Pero antes te reencontraba y ahora te pierdo.

La ensoñación acaba con una fuerte inclinación de mi cuerpo. He salido expelida hasta casi golpear mi frente con el respaldo del asiento que me adelanta. Pandita está bien, sigue sobre mi regazo con sus ojos de aceituna.

Por primera vez noto que en el asiento de atrás se han acomodado unos chicos. La risa les ha delatado. Supongo que a los quince años también me reiría de alguien que no alcanza a reaccionar ante una frenada. No es bueno prejuiciar a las personas, me digo. Ya pude comprobarlo en la reacción del chofer, que contrario a lo que preveía y a toda la evidencia que creía tener,

no hizo ningún alboroto por la presencia de Pandita. Es cosa de comprender a las personas, si al igual que el chofer, me hubiera tenido que tragar un centenar de bocinazos al día, un millar de colados por la puerta trasera en cada parada, andaría con la misma actitud. De igual manera, estos chicos han de tener sus razones para reírse. No por eso debo suponer que son malas personas. Que ellos se rían y vengan tras de mí, no es motivo para pensar que el bamboleo de mi asiento es amplificado por el empuje de sus piernas, tampoco para suponer que hay una mala intención en su mirada, ni que su risa coincide con cada golpe accidental que ellos le dan

a mi espalda.

Dejo que mis ojos se cierren por un instante. El aliento se escapa de mis labios con desazón. Si un animal está débil los demás le atacarán, me digo. Si un animal carece de fuerzas para proteger a sus crías, vendrá el depredador a quitárselas. Y si la debilidad es tal, que ni siquiera le alcanzan las fuerzas para huir, será devorado. Así nos quieren convencer que debemos actuar. Nadie debiera hacer nada por auxiliar al débil, muy por el contrario, debiera acelerarse su muerte. Muchos viven por esas reglas. Muchos creen conquistar la felicidad a través de ese camino. Pero yo lo tengo claro, nada como eso puede ser más que falsedad, nada como eso conduce a la felicidad, nada como eso se asemeja a lo que mi hermanita no humana y yo pudimos construir.

# Siento

tus latidos cada vez más débiles sobre mi regazo. Tu carita parece hundirse al interior de mi chaleco. Intento mantenerte visible, con tu naricita más cerca del oxígeno que buscas, con tus ojitos sobre los míos, pero no puedo. El constante vaivén del asiento, amplificado por los empujones, hace que pierda el control de mis movimientos. Mis lágrimas comienzan a caer en silencio. Sólo ahora logran emerger de mis ojos, los que ni siquiera al presenciar tu sufrimiento en la avenida dejaron escapar una gota.

Sólo Dios sabe cuántas veces regresé sobre lo andado. Imposible sería relatar cuántas veces comprobé que te hallaras recostada en tu casita. Lo cierto es que hoy, Pandita, me seguiste a pesar de todos mis resguardos. Era una ruta difícil, llena de cruces; llena de apresurados taxis, microbuses y motos. Aunque tú sabías cruzar la calle mejor que muchos humanos, el peligro era insoportable. ¿Cuántos han sido atropellados aún al cruzar por el paso de cebra? ¿Cuántos inocentes han quedado recostados con la cabeza rota a pesar de contar con la venia del semáforo? Las reglas del tránsito no te salvan la vida ante un taxista apresurado. Un semáforo no te protege ante una joven que reparte su atención entre el volante y el teléfono celular. Ni cruzar por la esquina, ni esperar la luz verde, ni siquiera seguir una fila de humanos consiguieron hacerte menos prescindible ante la mirada de ese sujeto tras el parabrisas. No iba demasiado rápido, tampoco le urgía un deber impostergable, simplemente le pareció innecesario detenerse ante una perrita que cruzaba la calle. Deseaba pasar en ese momento, sin retrasarse, aún con el semáforo en rojo, aún si eso costaba acabar para siempre con una amistad de toda la vida. Nada le importó en ese momento más que la imperiosa necesidad de satisfacer su capricho.



# Así fue

como ese chofer dejó que los neumáticos de su vehículo cruzarán por encima del cuerpo que hasta entonces dio movimiento, voz y calor a tan maravilloso ser. Así fue como permitió que su mano permaneciera inmovible sobre el volante, aún ante la visión de una criatura diminuta caminando al encuentro de su mejor amiga. Sordo estuvo a mi grito llamándola. Sordo estuvo también a tu gemido de dolor cuando comprimió tu guatita haciéndote escupir todo el aire que retenías en tu cuerpo.

Tu dolor debía ser inmenso, ni siquiera puedo imaginarme la sensación de unas costillas rotas penetrando en mis pulmones. Sin embargo, sólo te bastó sentirte recostada entre mis brazos para recuperar la serenidad. No hubo más alaridos desde entonces, apenas uno que otro suspiro y tus ojitos de aceituna.

Así te abrigo ahora, mi Pandita, con tu cuerpecito ya frío y falto de aliento. Tu cola inerte. Tus ojitos que recibieron su último rayo de luz con la imagen de mi mirada. Tus latidos imperceptibles, con un “adiós” mudo emergiendo de tu naricita.

Tu cuerpo se mece entre mis piernas y se escapa al interior del chaleco, Quiero recuperar tu rostro, quiero sostenerte como un bebé una vez más, quiero llevarte hacia nuestro hogar como lo hicimos cuando éramos pequeñas.

El balancín de los niños del asiento trasero se ha detenido, también sus risas.

Nuestro viaje llega a su fin.



Me pongo de pie sosteniéndote.

Ati,

a la que nunca antes hubiera permitido que la llevaran en brazo, a la que orgullosa desafiaba toda restricción que se le impusiera, a la que me entregó su compañía y amor durante la época más difícil de mi niñez, a la que ahora sólo espera regresar, una vez más, a su querido jardín.

El timbre ha sido el prelude para una sinfonía de mecanismos estridentes y repentinos. Escucho un silbido tras de mí proveniente del asiento de los escolares. Las puertas se abren mientras el microbús lucha por detenerse a tiempo en la esquina solicitada.

Ya no habrá vecinos saliendo a tu encuentro, ya no habrá rondas de alegría con el Javi ni reconciliación con mi madre, ya no habrá toda una vida de experiencias por compartir; tan sólo un montoncito de tierra en nuestro jardín, el recuerdo de tu amor y el agradecimiento por todo lo que tan generosamente nos obsequiaste.









## **Alejandro Ayala Polanco**

Pionero en la difusión del veganismo y padre de la literatura infantil antiespecista en Chile.

Creador de [Homovegetus.cl](http://Homovegetus.cl) en 2002, el sitio web de veganismo más antiguo de su país, y de la Fonda Vegana "El Huaso Vegetariano" en 2006, iniciando el movimiento de las fondas y festivales veganos de septiembre.

Escritor con más de una decena de títulos publicados, entre ellos, "El libro de las ironías veganas" y el sugerente "Haz el amor con lxs veganxs".

En 2019, le fue otorgado el "Shining World Compassion Award" en reconocimiento a su creativo activismo por el respeto a todos los animales.



# Tan solo una Quiltra

por Alejandro Ayala Polanco

Ilustraciones de Loreto Matthews



**Homovegetus.cl**

*Esta es la historia de Pandita, una perrita abandonada que acabó volviéndose el ser más importante en la vida de quien le supo acoger.*

**Contacto:**

[alejandro.vegetus@gmail.com](mailto:alejandro.vegetus@gmail.com)

**Más informaciones en:**

[www.homovegetus.cl](http://www.homovegetus.cl)